



EL HOMBRE OLVIDADO

Alberto Romero publicó 10 libros, entre 1918 y 1938: "Memorias de un Amargado" (Novela, 1918), "Buenos Aires Espiritual" (Crónicas, 1921), "Soliloquios de un Hombre Extrañado" (Novela, 1923), "El juicio" (Novela, 1924), "La Tragedia de Miguel Orcoz" (Novela, 1929), "La Viuda del Conventillo" (Novela, 1930), "La Novela de un Perseguido" (Recuerdos de una Dictadura (Memorias, 1931), "Un Milagro, Toya" (Novela, 1932), "La Mala Estrella de Peruchito González" (Novela, 1935) y "España, Esta es la Hora" (Crónicas, 1938). Un estudio de Elmer Huerta, sobre este escritor, aparece en el N.º 389 de "Atenea", dedicado a la novela chilena.

Alberto Romero es hermano de María Romero (exdirectora de "Eran"), Alicia Romero (directora de "Confidencias"), Ricardo Romero (abogado) y Hernán Romero (médico y alto funcionario de la Organización Mundial de la Salud).

NIADO en la opulencia, Alberto Romero dedicó sus veinte años de escritor a cantar a los humildes. Nació en casa de tres patios, hijo de un Ministro de Estado de Juan Luis Sanfuentes, no tenía por qué ser escritor y bueno — como lo describiera Mariano Latorre — "el primer novelista chileno que estudia seriamente y documentadamente la vida popular de Santiago".

Cuando el nombre de Romero suena en alguna tertulia literaria, no falta quien pregunte: ¿Vive aún? Debe de estar muy viejo, ¿dónde estará? En estos círculos, su mención solo evocará caras en blanco. Sin embargo, escritores tan diferentes como Manuel Rojas y José Donoso coinciden en recordar su obra con interés y respeto.

Alberto Romero tiene 65 años. Vive en Viña del Mar desde 1950. Su primer libro lo publicó en 1918. Su última obra, en 1938.

Ahora está cubierto por el silencio y el olvido. El lo sabe, pero no le preocupa más de la cuenta. —Llevo tantos años de vida repleta, si uno se retira de ese círculo de Santiago, es como si desapareciera. Si se deja de escribir, la gente se olvida. Cuando pasan los años, viene esta voltereta de las generaciones. Su vida en Viña es solitaria. A veces se encierra días enteros a cavilar en su escritorio, pero cuando recibe visitas le encanta charlar y recordar el pasado con su vivo lenguaje coloquial.

No entra a las farmacias. Le abruma demasiado ver a gente humilde que pide un remedio y luego no lo puede comprar. Es muy diferente al resto de su familia que vive de su sueldo, con otros: escala de valores y de mayor importancia a las comodidades materiales.

"Pobre Alberto", suelen decir sus familiares. La compasión es reciproca. "Pobres niños", dice de ellos al escritor. Escribir fue un problema físico para Alberto Romero. Siempre le costó. Utilizaba un grueso lápiz.



La esposa y el nieto

ro y plumas "R". Su caligrafía era tan mala que le costaba descifrar sus borradores. Nunca dominó bien la máquina de escribir.

Un accidente de automóvil le ocasionó una doble fractura en la pierna derecha hace aproximadamente un año. Para él es grave porque las largas caminatas siempre fueron una expresión típica e íntima de su manera de ser. En ellas se manifestaba su sentido de la realidad y, al mismo tiempo, su curiosidad por la gente que atravesaba su camino y con la que muchas veces se detenía a charlar.

En la primera época de Ibañez, dos agentes encargados de su vigilancia muchas veces le reclamaron: "Hasta cuándo va a caminar, don Alberto".

Caja de Tres Patios

Hasta los nueve años, Alberto Romero fue hijo único. Sus cuatro hermanos nacieron después. Vivía en una inmensa casa de Santo Domingo y Fustinos y tuvo tres piezas llenas de juguetes.

"Fui muy delicado de salud y un poco víctima de los cuidados de mis padres. Cuando chico, mi problema era la falta de problemas. Me los creé yo. Hay que tenerlos. Una vida sin problemas es una cosa vacía y hueca".

Mucho le atraía jugar con el hijo del alacenero de la escuela, y una rudimentaria carretilla, de esas que se tiran con un hilo, le dejó mayor recuerdo que sus propios juguetes.

También le encantaba observar el ir y venir del cercano barrio policial. En aquella época, los obreros que no pagaban su multa diaria, que trabajaban, pasaban todos los días frente a su casa, en medio de la calle y rodeados por guardias armados que los llevaban al Parque Cousiño.

El hijo de la carretilla y la hilera de presos forman uno de los primeros nexos entre el niño y la temática del escritor que vendrá.

Los "juven" en la casa de sus padres eran célebres por la distinguida concurrencia y sus exquisitos manjares, muchas veces importados de Europa y preparados por un cocinero italiano.

La trayectoria escolar de Alberto Romero no fue brillante y el mismo se describe como uno de los alumnos más malos que jamás pasaron por un "Padre Yrigoyen".

"Aproveché las clases para leer novelas, oír de teatro hasta Julio Borge. En el segundo más grande. Nunca me dio la forma definitiva. Un día llegó al colegio a leer "Los Señores del Lecho Conyugal" en "clase de matemática". Me expulsaron, pero mi padre consiguió que me volviera a tomar. No hay que olvidar que en aquella época eran escasas las salidas para el problema de la adolescencia.

Thomas a ver a las mujeres que subían al tranvía. Citar a un niño de tobillo era una emoción tremenda. En eso, la juventud de ahora es muy diferente.

Se salió del colegio en 1915, al terminar el 3.º año de humanidades, pero no lo pudo hacer y se contentó con el primer año de la Revista Escolar. Ya había hecho sus primeras armas como escritor. Siendo alumno de 3er año, publicó "Vacaciones Artísticas", una arcaica estampa costumbrista sobre un empleado del Ministerio de Hacienda que sale a varanear con su familia, porque es de "genio bien". Hallamos el siguiente párrafo:

"...que pueden ser hacer, hay otros que no lo pueden y se contentan con algunos baños de lima, el paseo al parque, la Alameda, el cerro o la quindia".

A esos años que no pueden varanear, se dedicó a su carrera de escritor. Su padre fracasó en la lucha por convertir a Alberto en abogado. Cada vez más se manifestó una actitud de protesta contra el medio en que se crió. Esa, bien podrá ser el producto de su infancia y del tardío nacimiento de sus hermanos que le hizo perder el lugar privilegiado que ocupaba en el hogar.

Cajero

Luego hizo el servicio militar como aspirante en el Bulín.

"Tal vez subconscientemente traté de librarme de mi ambiente de reñido. También fue un pretexto para salirme del colegio. Era muy pobre entonces y pensaba más de 90 kilos. Cuando pisé el cuartel por primera vez, un surscripito exclamó: "¡Miren el repelón con patas!".

El próximo paso fue su ingreso a la Caja de Crédito Hipotecario. Su padre trabajaba ahí, pero no quiso obtenerle un puesto. Lo logró su madre, con la ayuda de don Luis Barros Borgoño.

"Mi sueldo inicial fue de 203 pesos. Mi padre se durmió en la noche al saberlo. Pensaba: ¿Qué va a hacer el niño con tanta plata?".

Alberto Romero publicó como subgerente de la Caja 34 años más tarde. Hasta fue cajero siete años: "Es la labor más esclavizada de todas. Mas que dura es estúpida. Uno es como una máquina a la que se echa una moneda y sale chocolate. Lo único que interesa es llegar al fin del día y no tener problemas en el trabajo. Pero me aferré al puesto, porque comprendí que no se podía escribir sin algo que diera seguridad económica".

El novelista Fernando Alegria recuerda que, siendo alumno del Pedagógico, debió hacer un trabajo sobre Romero. Le impresionó mucho bailar tras las barras de su caja. Fue su primer contacto con la realidad económica de los escritores chilenos.

En 1918, a pesar del horror de su padre por "eso de escribir", publicó su primera novela, "Memorias de un Amargado".

"El libro era malo. No lo volvería a escribir, pero no me arrepiento".

Al saber de la novela, don Agustín Eyzaguirre le llamó en la Caja: "¡Fíjate que me han dado una mala noticia. Que eres médico aficionado a escribir".

La preocupación de don Agustín era explicable. Había tenido una mala experiencia con otro escritor, Augusto D'Halmat, que trabajó solo un día en la institución. Al terminar esa jornada fue a ver a Agustín Eyzaguirre.

"Vengo a darle las gracias y decirle que no vuelvo. No sabía que aquí había puestos para imbéciles".

Gabriela

Con su primera novela en el bolsillo, Romero se dirigió al colegio donde Gabriela Mistral hacía sus clases. Esperó casi una hora, pero la poetisa no le pudo recibir. Le dejó, entonces,

el libro y partió. No tuvo noticias de ella.

"Gabriela, que le escribía a medio mundo, no me mandó ni cuatro líneas. Me quedó un resquemor. Para que lo voy a negar".

Pasaron los años. Romero era presidente de la Sociedad de Escritores cuando la revista "Familia", indolentemente, publicó una serie de cartas de Gabriela a Armando Donoso. En ellas hablaba pestes de España, donde a la sazón era cónsul. No tardó en producirse una conderable tormenta y Romero la defendió con energía. Escribió a Luis Enrique Delano, entonces secretario de Gabriela:

"Me caía esta vieja, pero estamos haciendo lo posible por ayudarla".

Parece que la poetisa vio la carta y no le desagradó. Cuenta Romero:

"Años más tarde la conocí y estuve con ella en mi viaje a Europa, invitada en invitarme a tomar desayuno, a almorzar, a comer. No me dejó pagar nada y me ayudó en todo. Durante varias semanas fui su constante acompañante".

Zulema

Muchos años antes, a los 23, Alberto Romero se casó con Zulema Piñero, de nacionalidad argentina. Llevan 42 años de matrimonio, tienen dos hijas (Zulema y Gabriela) y un nieto de 12 años, Alfonso, que vive en Viña con sus abuelos y estima que "el Tati se porta como hermano mayor que me cuida. Hasta sus castigos son como un cariño, porque me enseñan a ser mejor".

Conoció a Zulema Piñero en Buenos Aires. Una semana más tarde fueron a un baile. El frac de Alberto era tan viejo que debió retocar sus intersticios con tinta china. Se comprometieron ese día y, tres meses más tarde, se casaron. Dice:

"Ella me hizo feliz la vida. No me creó problemas. Comprendió mi manera de ser".

El escritor, sin duda, se hizo acreedor a esa comprensión. Trabajaba en la Caja todo el día. Comía a las nueve, y media hora más tarde salía a vagar. Volvía a la medianocha o más tarde, y escribía hasta las seis de la mañana.

RETRATOS

ALBERTO ROMERO

FOTOS DE HANS EHREMANN



strajeron los seres pospuestos, débiles, predelitados a fracasar. Como le decía a usted, yo soy fatalista. Yo no erro nada en esto del libre albedrío. Cada uno nace con su destino escrito".

Luego añade:

"La labor de uno era muy sacrificada. Los primeros libros los editó por mi cuenta, con letras y cheques a fecha. Luego los dejaba en consignación en las librerías. Era muy duro".

"Actualmente, creo que la novela está en un estado de transición. Los jóvenes están muy influidos por las literaturas extranjeras, especialmente la inglesa y norteamericana. Lo sorprendente es que escriben muy bien, con estilo más formado, más culto que nuestra generación. Son más viajados. Pero están desconectados de nuestro medio. En ninguno de ellos voy a inquietud social".

España en el Corazón

Dos experiencias fueron decisivas en la vida de Alberto Romero: su infancia y la guerra civil española, que sintió "como cosa propia".

"Todo individuo que tenía un problema, una angustia en su patria, la canalizó en España. Uno se daba cuenta de cuánto se decidía en el Guadalupe".

Su simpatía por los republicanos fue el producto lógico de las actitudes de toda su vida y aun de su obra de veintidós años. En esto no era una excepción. Para escritores de todo el mundo, la guerra civil española significó un momento crucial de la humanidad.

Como dirigente de la Sociedad de Escritores, viajó por tres meses a Europa (1937). Asistió al Congreso del Pen Club en París. En una de las sesiones le tocó de vecino un señor con "una primicia de antojos sobre las narices". Era James Joyce.

Luego participó en el Congreso de Escritores Antifascistas en Madrid. En 1938 publicó "España, está un poco mal". Pero, a pesar de la intensidad que la experiencia española tuvo para él, no logró captarla en esas crónicas que hoy en día ya no se suscriben.

Al impacto de la guerra civil en Romero se revelará pronto. Intencionalmente a labor gramal y luego por la cultura popular. Durante varios períodos fue presidente de la Alianza de Intelectuales. Tuvo intervenciones decisivas en la creación del Premio Nacional de Literatura, que él mismo nunca ha obtenido. En esta época conoció al dirigente, el escritor comprometido el hombre de acción.

En 1946, la muerte de su hijo Julio Alberto, de 19 años, le produjo una grave crisis. Poco después sufrió un síncope. En 1950 jubiló y se retiró a Viña.

Dejó de escribir. —Pero demasiada la máquina, apaga una de sus hijas. —Y añadió su esposa: —Siempre le preocupó el pueblo y la gente humilde. No de una cosa.

Nada lo ha cambiado y nada lo cambiará. No transigió nunca, pero siempre respetó a los que no opinaron como él.

Regreso a las Letras

Su esposa y nieto, tres canarios y Colette, la cocker-spaniel, le acompañan en su acogedora casa de Trasiaviña N.º 502. Su escritorio está tapizado de libros que lee con el mismo desorden de su adolescencia. Con orgullo muestra una primera edición de "Recuerdos del Pasado", dedicada por Pérez Rosales "a Antonio Varas, el más joven de mis admiradores".

Se quería, que, "si siguen poniéndole cajones de azúcar a Viña, se va a terminar el cuento de la ciudad jardín". Su sentido de la ironía esconde ternura y bondad. No es más que una defensa. Físcamente envejecido, pero mentalmente ágil, se mantiene al día en literatura y en lo que le sucede al mundo.

El gran chambero negro que antaño le caracterizaba, ahora cuelga en un ropero, reemplazado por una bo-

Texto de GERMAN EWART

na. Es generoso en todo, pero avoroso con los chocolates. No convida a nadie. Ni a su nieto.

Como siempre, vive en el aire en cuanto a las cosas materiales. El otro día su esposa le pidió dinero para un vestido. Le pasó cinco escudos con intención de que era el marido más desprendido del mundo.

Le gusta caminar a orillas del mar, ir a Valparaíso y charlar. Esa tranquilidad de Alberto Romero evoca una línea de su "Viuda del Conventillo".

"Se daba cuenta de que no hacer nada es un trabajo duro, difícil, abrumador".

En medio de aquel apacible ambiente, de nuevo surge la inquietud y el deseo de escribir. Asegura: —Tengo muchas ganas de hacer algo autobiográfico, comprando una ganadora y dictando. Quiero contar por qué no escribí tantos años y también quiero hablar del viejo Santiago, esa ciudad de casas bajas, donde vi aparecer los primeros tranvías, la luz eléctrica, los teléfonos. La noche ya no será mi escritorio. Ahora me gustan las mañanas para escribir. Es más tranquilo".

